

TEO CAMINO RODÉS

*Aunque ya no me leas*



UN EMOCIONANTE HOMENAJE DE SU HIJO  
A JAIME CAMINO, EL CINEASTA  
DE LA MEMORIA HISTÓRICA



Aunque ya no me leas

Teo Camino Rodés

## Aunque ya no me leas

Prólogo de Esteve Riambau

COLECCIÓN  
LITERA**DURA**



Primera edición: enero de 2026

© Teo Camino Rodés, 2026

© del prólogo: Esteve Riambau, 2026

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2026  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)  
www.funambulista.net

IBIC: FA  
ISBN: 979-13-990383-9-2  
Dep. Legal: M-27988-2025

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Padre e hijo en los Juegos Olímpicos de Barcelona 92*,  
© Teo Camino Rodés

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

## No tan deprisa (prólogo)

Al leer las páginas de este libro repleto de recuerdos, tanto del autor como de su padre, me vienen a la memoria las muchas tardes que compartí con Jaime Camino hace ya casi veinte años. La mayoría de ellas se desarrollaron en el salón de su piso de la calle Balmes, ese espacio cargado de historias familiares y que Teo, su hijo, describe con profusión de detalles en las páginas que siguen. El motivo de mi presencia en aquel escenario era preparar el libro que Roc Villas, entonces director de la Filmoteca de Catalunya, me encargó en 2006 sobre el llamado «cineasta de la memoria histórica». El autor de *Las largas vacaciones del 36*, *La vieja memoria*, *Dragon Rapide* o *El largo invierno* había dedicado, efectivamente, la mitad de su filmografía a la Guerra Civil española, pero

también había explorado, en la mitad restante, otros episodios y personajes reales o ficticios. De ahí que Teo afirme que las películas de su padre «son una síntesis de anhelos ahogados, sí, pero también de placeres consumados». De ahí que el libro que publiqué un año más tarde se titulara *La Guerra Civil i d'altres històries*.

No fue este, sin embargo, el único resultado de aquellas charlas con Camino sobre su obra. El cineasta, que arrastraba las secuelas de una grave enfermedad y diversas operaciones quirúrgicas, se sintió cómodo con mi compañía y me pidió continuarla con la escritura conjunta de un guion, a caballo entre el documental y la ficción, que explorase en sus películas los muchos elementos autobiográficos que estas contienen. De ahí surgió *¡No tan deprisa, no tan deprisa!*, un juego de espejos entre la realidad y la ficción que no solo bebía de su cine, sino también de su novela *Moriré en Nueva York*, indirectamente autobiográfica, y de retazos de su memoria exhumados de carpetas de notas y cuadernos manuscritos. El delicado estado de salud de Camino impidió que el proyecto fructificase, pese a que había diversos productores interesados en lo que podría haber sido un broche coherente con su filmografía. Consciente de sus limitaciones, el cineasta me pidió que fuese yo quien lo dirigiera, pero ese acto de generosidad tampoco era posible porque, en cualquier caso, el rodaje de la película exigía de su muy asidua presencia ante las cámaras.

Muchos de esos elementos autobiográficos reaparecen en *Aunque ya no me leas*, el libro que Teo dedica ahora a su padre. No se trata de una biografía convencional, sino de la respuesta a la carta, a él dirigida pero jamás franqueada, que encontró entre los papeles del cineasta cuando, tras su muerte en 2015, vació ese baúl de los recuerdos que era el piso de la calle Balmes. Teo había nacido en 1987 y debe su nombre al protagonista de *Luces y sombras*, un *alter ego* de Jaime Camino encarnado en un director de cine que hace realidad su sueño infantil de penetrar en el cuadro de *Las meninas*. Ese es el punto de partida del autor de un libro que, escrito treinta y seis años más tarde, habla tanto de sí mismo como de su padre, sin desdeñar otras referencias familiares, presentes y pasadas.

En su primera parte, Teo escribe sobre sí mismo, el joven de 27/28 años que, al buscarse la vida en Londres mientras sueña con ser escritor, permite intuir el fantasma del padre y lo perpetúa en la herencia de dos de sus características: la necesidad de ser uno mismo y la incapacidad de amar a pesar de tórridas escenas de sexo. Ahí se habla de las novelas de Modiano y de Cortázar, de los films de Allen y de Fellini, de las sinfonías de Beethoven y de los preludios de Chopin que hacen llorar al autor, hasta que todo ello conduce a la muerte de Jaime Camino. Él es el protagonista de la segunda parte del libro, aquella en la que aparecen sus recuerdos de

la Deutsche Schule, los establecimientos Quillet, las largas vacaciones que nunca disfrutó en Gelida, la profesora de piano que no electrocutó a su alumno, las sesiones de cine de programa doble o el fatídico toldo de la Barceloneta que, al matar a su padre, inauguró «la maldición de los Camino».

Abriendo cajones, interpretando cuadernos escritos con letras ilegibles y accediendo a carpetas de correspondencia que yo nunca leí y en las que aparecen numerosas amantes de las que Jaime nunca me quiso hablar, el hijo descubre a su padre y lo comparte en su libro mediante un juego de espejos del que él mismo se hace partícipe, como el niño que, en *Luces y sombras*, penetra en el cuadro de Velázquez. No por casualidad, ambos se llaman Teo. El de la película es un director de cine. Con el periodista que ahora lo cuenta, ha nacido un escritor.

Ese solapamiento entre Teo y su progenitor desemboca en una tercera parte del libro en la que se cita a Camus o a García Lorca y el autor da la palabra a su madre, Margot Rodés, para así matizar la admiración que hasta entonces el hijo único sentía por un padre que lo engendró a los 51 años de edad. La fecha de caducidad de esa relación paternofilial flota sobre el texto a la vez que refuerza el sentido autobiográfico de muchos personajes de su filmografía. Yo lo intuí en su día, Teo lo confirma ahora desde un legítimo protagonismo en primera persona que me convierte en intruso.

Un intruso privilegiado que tuvo la fortuna de proseguir la relación con Camino al convertirlo, junto con Bigas Luna, en uno de los padrinos de la inauguración de la nueva sede de la Filmoteca en el Raval, en 2012; o con el que seguimos viéndonos periódicamente hasta poco antes de su muerte, ahora para almorzar en restaurantes de los alrededores de su piso de la calle Balmes en compañía de Octavi Martí y para comentar la cartelera o las noticias de actualidad.

Se me invitó a decir unas palabras en el funeral de Jaime Camino y allí leí una carta a sus padres que él había escrito sabiendo que ya no la leerían. Teo, tal como cuenta en su libro, donó el archivo de su padre a la Filmoteca que entonces yo dirigía y ahora, al leerlo, entiendo perfectamente por qué no dudó en aceptar mi propuesta para que pusiera su voz a los textos de su padre que incluí en las exposición que comisarié a partir de sus fondos. No podía titularse de otro modo que *No tan de pressa!*, la exclamación que el padre del cineasta lanzó al sentirse mortalmente herido por el fatídico poste de un toldo arrancado por el viento. Según Teo, Jaime también habría hecho un gesto para que la camilla que se lo llevaba hacia el último viaje aminorara la marcha.

Teo me pide ahora que escriba este prólogo y el intruso se siente profundamente agradecido por una generosidad que también incluye un cierto reto. Su libro cierra un círculo muy personal, el del hijo del cineasta de la memoria histórica,

el del niño que creció con la premura de disfrutar de un padre con fecha de caducidad más próxima de la habitual y el del testigo que penetra en de los secretos de su vida, para cerrarla, a través de los indicios que había dejado en celuloide y en papel. Mi prólogo no pretende más que dejar constancia de haber acompañado una parte de este trayecto que el hijo prosigue ahora en ausencia del padre. Es mi oportunidad para cerrar otro círculo, de diámetro mucho más reducido, que va de aquellas tardes en la calle Balmes hasta esta crónica de la clausura de aquel piso con la que Teo quiere evitar que desaparezca la memoria de su inquilino.

ESTEVE RIAMBAU

Aunque ya no me leas

## PRIMERA PARTE



El techo de mi cama era un piano de cola en una habitación compartida.

Cuando Óscar se marchó, todavía estaba oscuro. Abrí un ojo y seguí durmiendo. Siempre me había gustado que me despertasen temprano. Pasar una noche movida, intuir un cuerpo desnudo en la penumbra, adivinar sus pechos, besarla en horizontal y seguir durmiendo. Una luz grisácea rompió la noche y me invitó a abandonar el calor de mi sueño. Rodé de la cama hinchable al suelo, tuve tentaciones de meterme en la de Óscar y salí al balcón a fumar. Por entonces era todavía muy pudoroso.

Me llamó la atención el bullicio de la calle. La noche anterior, a mi llegada, parecía un barrio tranquilo, casi residencial. A primera hora el movimiento era constante. También

me sorprendió ver una gran cantidad de descapotables. Londres era la capital del gris. ¿Cuándo disfrutarían al volante del sol en la nuca?

Mis vecinos, aunque por poco tiempo, eran el British Museum, Oxford Street, Sherlock Holmes, Regent's Park y los compañeros de piso de Óscar. Formaban un grupo de lo más selecto. Era mejor no acostumbrarse.

Entré a mear en un Kentucky y tomé Baker Street dirección norte. La boca del metro escupía ejecutivos. Algunos debían de tener mi edad, incluso menos. Sus rostros pálidos e imberbes les hacían parecer más jóvenes. También había mujeres en americana. Las hojas de los árboles bailaban agitadas por el viento cálido de finales de julio, y ellos se dirigían con paso decidido a sus puestos de trabajo, como el rebaño de ovejas que se adentra en un campo con el pasto en escasez, y, asustado por los ladridos, va siguiendo las directrices.

Aunque me gustaba sentirme una especie de lobo estepario, era inevitable que me preguntase qué coño hacía en aquella inmensa ciudad en la que nadie parecía conocer a nadie.

Regent's Park se presentó ante mí imponente.

«Mi pequeña gran revolución de hoy será intimar contigo», me dije.

La naturaleza nunca me había fallado.

A mi abuelo no lo conocí.

2

Con la falta de tacto que le recordaba, Óscar me preguntó qué pensaba hacer en Londres, cuál era mi objetivo en la vida y cómo pensaba alcanzarlo. Así, de sopetón. Mientras yo intentaba disfrutar de mi primera Guinness en un *pub* de Gloucester Place rodeado de gente elegante. Parecía un jodido *coach*.

Yo no había entrenado a fondo absolutamente nada en la vida. ¿La curiosidad fugaz ante lo novedoso? ¿La desidia tal vez? Le expliqué que quería buscar trabajo, que en mis ratos libres escribiría y descubriría la ciudad, y que, cuando estuviese asentado, perfeccionaría mi inglés en alguna academia.

—Escribe sobre tus aventuras con mujeres. Tú las conoces, has vivido infinidad de momentos con ellas. ¿Con cuántas te has acostado? Céntrate en escribir. Céntrate en algo y apuéstalo todo a esa carta.

Aquel joven de mi edad, que se dedicaba a adquirir empresas en quiebra y a reflotarlas desde la sede de Goldman Sachs en la City, me aconsejaba apostar todo a una página en blanco, a escribir sobre las chicas (todavía no llegaban a mujeres) con las que me iba a la cama, como si de la fusión de dos empresas se tratase.

—Yo he nacido para ser un líder —decía—. Mi objetivo es ser el número uno. Ganar mucho dinero para que el día de mañana mis hijos tengan las mismas posibilidades que yo he tenido y puedan triunfar en la vida.

Y claro, a mí me entraba la risa. No podíamos ser más diferentes. Mis inseguridades eclipsaban mis ambiciones; el dinero solo me interesaba cuando me faltaba; niños y matrimonio aún no figuraban en mi lista de cosas pendientes; y, a mi modo de ver, el éxito estaba sobrevalorado.

Sabía que me tenía aprecio, como yo se lo tenía a él, y me había acogido en su habitación sin pedirme nada a cambio. Admiraba la determinación que ponía en todo lo que hacía, su seguridad y valentía, pero no soportaba su obsesión por reducirlo todo a objetivos y resultados, su tono condescendiente y su frialdad.

Dejando las afinidades o la falta de ellas a un lado, no me gustó lo que dijo porque sabía que, en parte, llevaba razón. Tenía algo más de mil euros en la tarjeta, un puñado de libras en el bolsillo con las que no pensaba invitarle a la

cerveza, y ningún plan. Era mi segunda noche en Londres y no había hecho más que deambular y fantasear con mujeres que debajo de la americana no llevan nada y otras lindezas. Lo de siempre.

Seis borrachos. En apenas ciento cincuenta metros me crucé con seis borrachos. Era mediodía.

Lo primero que vi al salir de la estación fue una enorme vivienda de protección oficial por cuyas ventanas no cabía una cabeza. Acudí a mi primera cita con media hora de antelación para dar una vuelta por el barrio. Yo, que siempre llegaba tarde. Recorrí la calle principal esquivando los obstáculos que se arrastraban por el suelo, y entré en una farmacia a comprar un cepillo de dientes que no necesitaba. Estaba acojonado. Casi era la hora. Pensé en anular el encuentro poniendo cualquier excusa.

El hombre que me enseñó el apartamento era unos años mayor que yo y olía igual que la tienda de comestibles de la planta baja. Se llamaba Santiago y venía de Colombia.

Todo el edificio apestaba a frijoles. La habitación era amplia, limpia y luminosa, pero, antes de verla, ya había tomado una decisión. ¿Qué sentido tiene ir de Barcelona a Londres para vivir en una habitación de la que no me atreveré a salir cuando oscurezca? Seven Sisters no era lugar para un cagado como yo.

Con la segunda habitación tuve la misma suerte. Pedían cuatrocientas noventa libras al mes, eso ya lo sabía de antemano, por una habitación de diez metros cuadrados con la ducha en un armario. Ni el bolsillo ni las ganas me alcanzaban.

Al bajar del tren, lo tuve claro. Todo era perfecto. Las piernas de la chica que subía delante de mí en las escaleras mecánicas; el color ensangrentado de las baldosas; la típica luz color miel de las películas de Víctor Erice que se filtraba a través de las vidrieras aportando un toque melancólico; la taberna de la esquina; los árboles sin follaje, y, lo más importante, el nombre: Kilburn Park.

Aquello sí era el Londres de artistas, mujeres y pintas que yo anhelaba como fuente de inspiración. Allí estaban, por fin, las luces y las sombras que despertarían mis instintos. La llama al final de la página.

Detrás de sus gafas amarillentas, Mr. Malick, el casero, me recibió con una sonrisa tímida. No así sus largos y blancos pelos, que salían disparados de sus orejas saludándome

con efusividad. Subimos al último piso y me explicó los desperfectos de la buhardilla y lo que estaba pendiente de reparación. A cambio de cuatrocientas libras al mes tenía veinte metros cuadrados para mí, una cama individual, un sofá, una moqueta decorada con rastas del inquilino anterior, un tenedor oxidado encima del retrete del baño compartido de la segunda planta, una única ventana que daba a las vías del tren y lavadora propia. Pero no dudé.

—Me la quedo.

4

Ensayé mi mejor sonrisa frente al espejo, repetí la frase «*Excuse me, miss, it's my first day*», me vestí de negro y asistí puntual.

Como el abono era menos caro que el de metro, descubrí la ciudad viajando en autobuses rojos y entrando en restaurantes y cafeterías para dejar mi currículum inventado. Me había pateado la zona de Covent Garden y alrededores y todos y cada uno de los locales elegantes de la orilla del Támesis. Cuando me llamaron de Cucina di Mamma para hacer una prueba, no recordaba haber dejado mis referencias en tal sitio.

El ambiente sofisticado despertó mis primeros sudores. Mi mejor sonrisa no causó la impresión esperada. Serví cinco platos en dos horas, de primeras casi nunca en la